

dando con mucho sigilo, pues creia que la niña, á quien la vecina deberia haber traído á acostar, estaria ya dormida; y por otra parte, no queria hablar mas aquella noche, á causa de tener el corazon agitado.

XXXVIII.

Seguí, pues, callandito, procurando que no sonaran mis zapatos, hasta que al adelantarme hácia la cama, me hallé con dos hermosos ojos, muy abiertos, que me miraban abriéndose cada vez mas con el asombro, á medida que la luz me alumbraba mejor. Era Pepita, que sentada en su cama, apoyándose en la cabecera y puesta en camisa, aunque sin dormir, me miraba sin decir nada, asustada la pobrecita como si hubiese visto una fantasma ó una vision. Al fin me reconoció en la voz:

— ¡Calla! ¿eres tú Genoveva? — exclamó tendiéndome sus bracitos y haciendo desaparecer la contraccion de su frente y de sus labios, que pasaron instantáneamente del espanto á la sonrisa.

— Sí, yo soy, la dije; ¿por qué me miras así? ¿No soy la misma que ayer?

Todavía estaba sin desnudarme de las galas que me trasformaban completamente.

— No, no eres la misma, — dijo; — ¿quieres burlarte de mí? Ayer no tenias ese hermoso vestido de seda, que brilla, que reluce, que se cambia de varios colores, como los cuellos de los pichones cuando están sobre el tejado al sol, ni esos zapatos que hacen ruido como los de las señoras en la iglesia, ni esos encajes, ese cinturón, esa cofia, cuyos lados te dan en las mejillas, esos pendientes que parecen dos peras de oro, ni ese hermoso collar con esa cruz sobre el pecho. ¿Ha venido alguna bruja con su varita, como en el libro en que me enseñas á leer, y te ha trasformado en señorita dándote galas tan hermosas como esas que me impiden abrazarte?

— ¡Calla! es cierto, dije interiormente; esta pobre niña no me

ha visto jamas así y debe extrañarse. Se me habia olvidado que tenia puesto mi vestido de novia.

— ¿Y por qué, — continuó, — te has mandado hacer tan hermoso traje?

Yo me hallaba tan aturdida, que no sabia qué decir.

— Es que vengo de desposarme, la dije por último, y que voy á casarme.

Y sin cesar de hablar empecé á desnudarme, á quitarme mis zapatos finos, á desatar los lazos del cinturón y de mi cofia de encaje, á desabrocharme el collar y los pendientes, á quitarme el vestido de seda, y á colocarlo todo bien y guardarlo en el armario. La niña observaba todo lo que yo hacia, y se maravillaba de tantas cosas. Luego que hubé concluido y rezado, y al punto de estar ya en camisa con los pies desnudos para acostarme:

— ¡Oh! así te quiero mas, — me dijo, — y no me asustaré de besarte.

Me hizo lado, apagué la luz, y me acosté junto á la niña.

— ¡Así estás mejor! — decia echando sus dos brazos al rededor de mi cuello, como solia hacerlo siempre que queria dormirse. Pero estaba tan conmovida con la vista de mis vestidos, por mi ausencia de todo el dia, y yo estaba tan despaquilada con el recuerdo de todo lo que habia hecho y dicho, y con la imágen de Cipriano, que nos quitábamos el sueño la una á la otra.

— Mira! — me dijo la niña con malicia, — no me dormiré ni te dejaré dormir sin que me lo digas todo. ¿Te vas á casar Genoveva?

— Sí.

— ¿Y con quién?

— Con el señor Cipriano, á quien tú ya conoces, y que te tiene sobre sus rodillas siempre que viene á casa.

— ¡Oh, me alegró! pero el señor Cipriano es de la montaña. ¿Va á vivir en nuestra compañía?

Me ruboricé y no supe qué contestar. Al fin me pareció que lo mejor era decirselo todo de una vez.

—No, la dije, se queda en la montaña.

—¿Y tú? ¿No vivirás con él?

—Sí.

—¿Vivirás en la montaña?

—Sí, puesto que allí constaré casada.

—¿Y yo,—dijo soltando sus manos de mi cuello, y golpeando la una con la otra;—iré también á vivir en la montaña? ¡Oh, cuánto me alegro! Quiero tanto al señor Cipriano, al perro y á su mula, y me gusta tanto la leche, la fruta, los pájaros y las mariposas. Dicen que hay muchas allá arriba. ¿Cuándo nos vamos?

—Tú, la contesté con suma dificultad, tú no vendrás hija mía; te quedarás en Voiron, en casa de tu maestra para que te acabe de enseñar á hacer encajes. Estarás con sus niñas, cuidará bien de tí; y yo te vendré á ver muchas veces, muchas veces; serás muy dichosa.

—¡Pícara!—gritó la niña,—¿me abandonarías? ¿tendrías valor para irte sin mí, sin mí que no me he separado nunca de tu lado, y he ido pegada á tí como tu camisa desde que vine al mundo; sin mí, que he vivido, comido, dormido siempre contigo, como si fuese hija tuya; sin mí, que no he podido dormir ni una hora hoy, solo porque no estaba acostada contigo? ¡Pícara!—repitió encolerizada, pegándose en el pecho con su manecita,—si tuvieses corazón para hacer eso conmigo, no necesitarías venir muchas ni pocas veces á Voiron, pues no me encontrarías; pronto iría á parar al cementerio al lado de mi madre, y la diría que me habías abandonado, como una mentirosa, despues de estarme diciendo siempre que la habías prometido, cuando ella se marchó, ocupar su puesto á mi lado.

É inmediatamente empezó á llorar.

XXXIX.

Ya se os ocurrirá, señor, que no podía agradarme el oír hablar así á aquella inocente niña; empecé á preguntarme si había obrado

ligeramente y arrastrada por el amor de Cipriano; porque lo cierto era que la niña tenia razon. La habia servido de madre, no la habia desamparado mas que aquel dia en toda su vida, la habia repetido cien veces lo que habia ofrecido á mi madre, que me moriria antes que abandonarla; y ahora tenia resuelto casarme y confiarla como una huérfana á los cuidados de una persona estraña. El remordimiento comprimia mi garganta, no dejándome hablar, ni respirar, ni sollozar. Empezaba á arrepentirme de lo que habia prometido á Cipriano; aunque le amaba tanto que no podia arrepentirme de amarle. Por esta parte la niña, por la otra mi desposado, las promesas á la iglesia hechas por la mañana delante de todo el pueblo, y la promesa hecha á mi madre en presencia de la muerte y de Dios. Daba vueltas y mas vueltas en la cama, sin poder hallar una postura cómoda, ni prescindir de la niña, ni de la imágen de Cipriano, ni de la sombra de mi madre, ni de mi propio corazón. ¡Ah, señor, qué noche tan terrible! Estoy segura de que no la hay peor en el infierno. Me ponía colorada, descolorida; sentia sudor frio en todos mis miembros, calor, frio, calentura, y la niña se volvia de espaldas para no tocarme, sin cesar de dirigirme acusaciones.

Advierte, la decia yo besándola y cogiendo sus manecitas con las mias, que estarás muy bien en casa de la encajera; bien asistida, bien alimentada, bien vestida, bien educada como sus mismas niñas. Ella está bien, no está como nosotros; tiene muebles, habitaciones y una criada que cuida del servicio de la casa. ¿Qué mas quieres? ¿Podria yo darte pan blanco?

—¿Qué me importa tu pan negro ó blanco, respondió la niña, la ropa vieja ó nueva, la habitacion, los muebles, y la criada? No me des sino pan de paja, si quieres; pero llévame á todas partes contigo. Separada de tí seré tan desgraciada, ¡tan desgraciada! Dices de la encajera, que alimenta bien á sus hijos, sí, ¡pero si tú supieras cómo los pega! ¡Oh! si yo estuviera en su casa tres dias solamente, me pegaria, y yo me escaparia á los prados, y me arrojaria, como la niña de la gitana, al rio, en donde la en-

contraron ayer. ¿Qué dirías cuando lo supieses? Estarías muy contenta allá arriba con tu Cipriano. ¡Oh, ahora ya le detesto! ¿Y qué pensaría de ti mi madre en su cama de tierra? Empecé á llorar cuando oí estas palabras; y la niña siguió hablando de mi madre. Los niños saben más de lo que parece. Conocía la impresión que me hacía aquella acusación en nombre de mi madre, y volvía siempre á ella. Me enternecía, y cuando vió que yo lloraba mucho y que estaba conmovida, se cibió al rededor de mí como una serpiente, los brazos sobre mi cuello, la boca contra mi pecho, besándome con furor, pegándose á mí como mi piel y exclamando por lo bajo: — ¡No! ¡No! ¡No! No tendrás corazón para separarme de tí y para desecharme como un vestido andrajoso, por encima del cual se pasa. No, Genoveva, hermana mía, mi segunda madre, dos veces madre mía, pues lo has sido después de la muerte de la primera, lo mismo que antes. ¡Seré tan buena, tan juiciosa, tan obediente! Te querré tanto, te besaré tanto, de día y de noche! ¡Oh! Dime que no te separarás de mí! Iba ya á decírselo, porque la niña me hería hasta en el fondo del corazón, y me ahogaba entre sus bracitos, cuando se me vino á la imaginación Cipriano, que se había separado de mí hacia poco tan alegre, y que tal vez no llegaba aún al pié de las montañas. ¡Oh, Dios mío! dije en mi interior; me he desposado con él esta mañana, me ha besado hace apenas una hora, conserva aun el olor de la rosa de mi frente sobre sus labios, y ya su querida piensa serle infiel! — ¡No, no, Pepita, la dije apartando sus brazos de mi cuello, y desasiendo mi cuerpo del suyo para volverme del otro lado y reflexionar; no, una muchacha honrada debe cumplir su palabra; y yo he hecho juramento á Cipriano. — Déjame. — Un juramento! exclamó poniéndose en pié sobre la cama. ¿No se lo habías hecho también á mi madre? Pues bien; anda, déjame desde luego, ya no quiero dormir contigo, quiero ir á dormir sobre su losa y á preguntarla si fué á Cipriano ó fué á mí

á quien puso en tus brazos al morir! ¡Veremos lo que contestará!.....

Al pronunciar estas palabras, aquella chiquilla, loca de amor y de cólera dió un paso para saltar por encima de mi cuello y arrojarse al suelo, pero habiéndose enredado en los pliegues de la sábana, que estaba ya toda retorcida por tantos movimientos, lanzó un grito y quedó sin sentidos al pié de la cama.

¡Ah! siempre tendré en mi oído aquel grito y el golpe sordo de su caída sobre el suelo. Acudí al momento, la cogí en mis brazos y la llamé: ¡Pepita! ¡Pepita! La llevé á la ventana para hacerla respirar el aire de la noche: no lo logré; estaba como muerta en mis brazos! La tendí sobre la cama, la puse agua en las sienes, estreché sus manos con las mías, puse mi boca al lado de la suya; ¡no respiraba y se ponía fría, del modo que había visto ponerse á mi madre cuando murió!

¡Desgraciada, me dije á mí misma, has asesinado á tu hermana!

Y caí sin conocimiento en el suelo.

Ignoro todo el tiempo que estuve así; solo sé que cuando recobré el uso de los sentidos, mi hermana se hallaba inmóvil aun, y sin respiración sobre la cama! Me puse de rodillas delante de ella, con la cabeza sobre su cuerpo, pidiendo á sus ángeles y á todos sus santos, y sobre todo á mi madre que la resucitara y que me llevaran en su lugar á mí. Me hallaba como en un sueño, y sin embargo, estaba despierta. Entonces oí, con la claridad que ahora me estoy oyendo, la voz de mi madre, pero mas severa que la había oído nunca en toda su vida, que me dijo: «¡Cain! ¡Cain! ¿qué has hecho de tu hermano?» como me había leído estas palabras en su Biblia.

Después me han asegurado muchas veces, que era ilusión el eco de estas palabras que yo me figuraba haber oído, y que solo resonaba desde lejos en mi cabeza turbada por la desesperación; pero yo oí tan terminantes aquellas palabras, que respondí inmediatamente, como respondo siempre que me llaman.

— ¡Madre mia! ¡Madre mia! dije, ¡no me condeneis! ¡Juro que si volveis el aliento y la palabra á la niña, no me casaré, y me sacrificaré enteramente á vuestra hija!

Y quedó hecho un voto, un voto irrevocable en mi interior.

La prueba de que mi madre me habia hablado y oído mi contestacion, es que al punto de hacer mi voto dentro de mi corazon, empezó la niña á respirar, á estender los brazos, á abrir los ojos tan dulcemente como si saliese de un sueño, y me dijo sin cólera:

— Genoveva, no te casarás ya, no me dejarás, ¿es verdad?

— No, jamas, jamas, jamas, dije, cubriéndola de besos, volviéndome á acostar á su lado y calentándola con mi cuerpo. ¡Pero cómo lo sabes?

— Me lo indica de cierto modo el corazon.

Me besó otra vez, y ambas nos estuvimos hesando todo el resto de la noche, ella riendo, yo llorando.

El pobre Cipriano no tocaba aun el puente encarnado, ¡y ya no tenia querida! ¡Tal vez iba cantando, en su mula, sin sospechar nada!...

¡Lo que somos, señor! ¡Oh, no me habléis de esto! El mundo es una caminata con los ojos vendados; se cree ir hacia la derecha y se va hacia la izquierda, ¡Solo Dios ve claro por nosotros!

XL

Pepita se durmió, por último, tan tranquilamente como soñaba en su cuna cuando era pequeña, y yo la mecía con el pie y la arrullaba con la voz; no así yo, que al venir el dia todavía estaba contemplándola tan hermosa, con sus preciosos cabellos, algo untados de sangre, desordenados y enredados por la agitacion de la noche; mas cuando volvia á pensar en Cipriano se me partía el corazon y los ojos se me anegaban en llanto.

Pensaba en que no habia de tener valor para decirle: «¡Cipriano, vuestra Genoveva os es infiel!» Al pronunciar estas palabras creia que habia de ahogarme de pena y de vergüenza. Sin

embargo, me es indispensable avisarle, ¡pobre muchacho! Voy á escribirle, el papel no se ruboriza; ¡ánimo!

Me levanté callandito, para no despertar á Pepita, que necesitaba descanso, y me puse á escribir á Cipriano enfrente de la ventana desde la cual podía verse la montaña. Me acuerdo que rompí muchos pliegos de papel aquel dia; porque era tanto, tanto lo que lloraba, que sin acabar de hacer una línea tenia que empezar otra vez, y si hubiese seguido habria llevado al buzón del correo un escrito hecho con lágrimas en vez de tinta. Esto aconteció diez veces lo menos, mientras tuve lágrimas en los ojos. Ultimamente, después de muchos trabajos, concluí una carta que estaba seca.

— ¿Cómo seca? dije interrumpiéndola, ¿y por qué Genoveva? ¿Tenia la culpa el pobre Cipriano?

Al decir seca, señor, respondió Genoveva, he querido dar á entender que el papel no quedó tan humedecido como los otros. Pero llevaba aun tres ó cuatro gotas de agua.

— Eso es otra cosa, repliqué, ya os comprendo. Mas no acierto qué podiais decirle en aquella carta para justificaros. Descartaría saberlo. ¿Lo tenéis presente?

— ¡Ah, si lo tengo! Aquella es la única carta que he escrito en toda mi vida, y la he guardado, añadió dirigiendo la vista hacia el armario, es decir, el borrador, pues la copia en limpio la tiene la madre de Cipriano acompañando los demas efectos de su hijo.

— En ese caso tendria gusto en leerla, si no hallais inconveniente, Genoveva; porque esa carta forma época en vuestra historia, y sin aquella no podria escribirse esta; al menos yo que escribo tantas como decís, me habria visto embarazado en vuestro lugar para escribirla.

Aquí teneis, señor, me dijo, después de haber buscado en su armario y sacado un papel que tenia escondido entre dos camisas de mujer.

Me dió la carta, y volviendo á su silla, continuó haciendo calceta.

XLI.

Estaba escrita en un papel ordinario, algo gris, de ese que suelen emplear los comerciantes para envolver las cajitas de juegos que venden á los niños. Notábase que le habian mojado en siete ú ocho puntos, pues el agua habia disuelto y ensanchado los trazos de la pluma. El carácter de la letra era redondo, de grandes rasgos, de líneas ensanchadas, pero poco rectas. La carta estaba doblada treinta veces, de un modo complicado, extraño, indescifrable, como el que acostumbra los pobres en sus cartas, los cuales no saben cerrarlas sencillamente despues de escritas, y dan tormento á su imaginacion para inventar un pliegue desusado. Estaba sin sellar. Leía toda por lo bajo, con el fin de no apesadumbrar inútilmente á Genoveva. Decia así:

«Señor Cipriano:

«Esta es para deciros, que no os acordeis mas de mí, para que sea mujer vuestra... Sin embargo, si os pasa lo que á mí, siempre pensareis en esto con placer, puesto que no tenemos cosa alguna que reprendernos, á lo menos vos, ni yo tampoco. Todo se ha acabado. Dios no quiere que me case con vos. No me casaré con otro. Voy á deciros la razon. Mirad, os compadezco; pero no tengo yo la culpa...

«Esta noche se cayó la niña desde la cama al suelo. Ha estado muerta no sé cuánto tiempo. La cogí, y yo estuve muerta tambien. Mi madre resucitó y me dijo: «Cain, ¿qué has hecho de tu hermano?»

«La niña me dijo: ¿No es verdad que no te casarás con el señor Cipriano? Yo he dicho: ¡no madre mia! y he hecho el voto; se acabó: no hay que hablar mas de esto.

«¡Ah, Dios mio! señor Cipriano, ¿qué pensareis de mí?... ¡De mí, que queria tanto á vuestras vacas y á vuestra mula! Habladlas de mí. Volvedme el ramillete y la sortija; os envio vuestra presilla del sombrero, que se os quedó olvidada sobre el mostra-

dor. ¡Dios mio, qué pena tengo!... ¡No, no sobreviviré!... En cuanto á vos, no os incomodeis por esto; no vale la pena.

«Tengo la satisfaccion de anunciaros que todo va bien en mi casa. Decidlo en la vuestra. Vuestro padre y vuestra madre han sido muy buenos con una pobre muchacha como yo. Es lástima que no haya habido dos cuartos encima de la cuadra. La niña no habria hecho gran gasto á vuestra madre. Está mantenida con muy poca cosa. Toda la desgracia ha venido de esto. Dadles mis espresiones. Siento los gastos que han hecho. Escusadme.

«Adios, señor Cipriano, no penseis mas en esto, y conservaos bueno. —GENOVEVA.

«Cuando paseis por Voiron, no atraveséis por nuestra calle; me afligiria solo al oír los pasos de vuestra mula.

«Adios, señor Cipriano...»

Despues se advertian los efectos como de una lluvia de lágrimas y de tinta desleídas. Y á traves de aquella niebla se leía aun dos ó tres veces: «Adios, señor Cipriano...»

XLII.

Devolví la carta á Genoveva, sin decirla nada, quien la guardó de nuevo en su armario entre dos camisas.

¡Pobre muchacha! Y, sin embargo, estaba escrito en aquel papel el resumen de un mundo de impresiones de amor, de recuerdos, de esperanzas vivas y aniquiladas en un corazon. El sentimiento existe, pero es sordo y mudo en el alma no literata del pueblo.

XLIII.

Genoveva continuó:

Concluida de escribir la carta de Cipriano, se la di á un muchacho de la montaña que vivia en el pueblo de mi desposado, y le encargué que la llevase á Valneige. Al metérsela en el bolsillo

al pobre niño, conocí que todo se había acabado, pareciéndome que el corazón se me caía de las manos con la carta.

«Tengo la satisfacción de anunciaros que todo va bien en mi casa. Decido en la vuestra. Padre y nuestra madre han sido muy buenos con una pobre muchacha como yo. Es lástima

XLIV.
Volví a casa maquinalmente: cuando llegué, la niña no había despertado aun, fui en derechura al armario. Cogí mis zapatos finos, mis pendientes, mi cinturón con nudos de cinta, mi cofia de encajes, mi collar, mi vestido de seda, y de todo hice un lío bien hecho con una servilleta blanca, sin marca, lo llevé a la iglesia de Voiron cuando no había nadie, y lo coloqué, sin que me viera el sacristán, sobre el altar de la Santísima Virgen. Había prendido en la servilleta con un alfiler un pedacito de papel en que se leía: *ex voto!*

Yo me decía: no hay que guardar cosa alguna de estos trajes engañosos de fiesta y de desposorios: te traerían a la memoria tu infidelidad al señor Cipriano y tu desgracia: te inducirían a pensar segunda vez en el matrimonio, quizá en abandonar á tu hermana, y en romper tu voto. No estarias tranquila jamas mientras tuvieras esas galas en tu casa. Démoslas á Dios, de quien no se vuelva á recibir nada, ¡y que todo se acabe!

Cuando volví, la niña me pidió que se las enseñara; y yo la dije lo que habia hecho. Ella no lloró por la pérdida de tan hermosas prendas; saltó sobre mi cuello y me dijo:

—Bien, has hecho bien, Genoveva; te quiero mas á tí desnuda, que á tu adefesio de seda con el cual casi te desconocía anoche. Mientras hubiese sabido que estaban en el armario tus vestidos de novia, hubiera creído siempre que te ibas á casar un día ú otro. ¿Á que no lo haces ahora? ¿quién se enamoraria de tí con tu vestido de lana y tus zapatos de nogal?

Aquella niña se pegó á mí como mi camisa desde aquel dia. No contaba mas que doce años y medio, pero tenia tanto ingenio como otras á los quince; frecuentemente me hacia llorar y reír á un tiempo. Se hizo tan buena como un ángel, y hermosa como

una virgencita de cera. Pero tenia su vanidad, es cierto; cuando yo no encontraba mi espejo en la ventana, no tenia necesidad de buscarlo, ya sabia donde estaba; y ademas, es preciso ser justo, todo el mundo en la calle y en Voiron lo repetia sin cesar, que era la mas hermosa del pais, y la llamaban ya la bella encajera. Esto es malo para las jóvenes, señor, principalmente cuando son huérfanas de padre y madre.

A mí me parecia, sin embargo, que no me acordaba de mi nombre. Mi

XLV.
Escuchad lo que ocurrió señor. La familia de Cipriano me contestó por el mismo muchacho, que estaba bien, y que Cipriano no vendria mas á Voiron.

—¿Y él, qué estaba haciendo? pregunté al mensajero.

—¡Oh, señorita, no hacia nada, daba con su palo en la pared del establo y vertia por sus ojos gruesas lágrimas!

No supe mas que esto por entonces.

XLVI.
Este decían, y esto era en efecto.

Pasamos dos años y medio sin oír hablar el uno del otro, como si los dos hubiéramos muerto. A haberme visto otra vez, de seguro no me habria conocido, pues mi hermosura de una primavera, se habia marchitado con mi pena, mis colores habian desaparecido como el colorete despues de pasarle un paño; trabajaba hasta tarde, me levantaba temprano, lloraba por la noche, tomaba un alimento escaso, para reunir el equipo de Pepita y para pagar su aprendizaje; no iba ya á los prados, ni veia el sol mas que en la pared de la habitacion, un momento por la tarde; me habia quedado tan delgada que los vestidos se me caian de los hombros y la sortija de mi dedo; habíame encorvado, como veis, á fuerza de coser; no dejaba de pensar en Cipriano, mientras cosia, y aun solia decirme contra mi voluntad: ¿qué hará en este momento? ¡Ay! si me encontrase, ¿qué diria? No le pareceria ser un sueño eso de haber estado enamorado de una pobre muchacha, que se